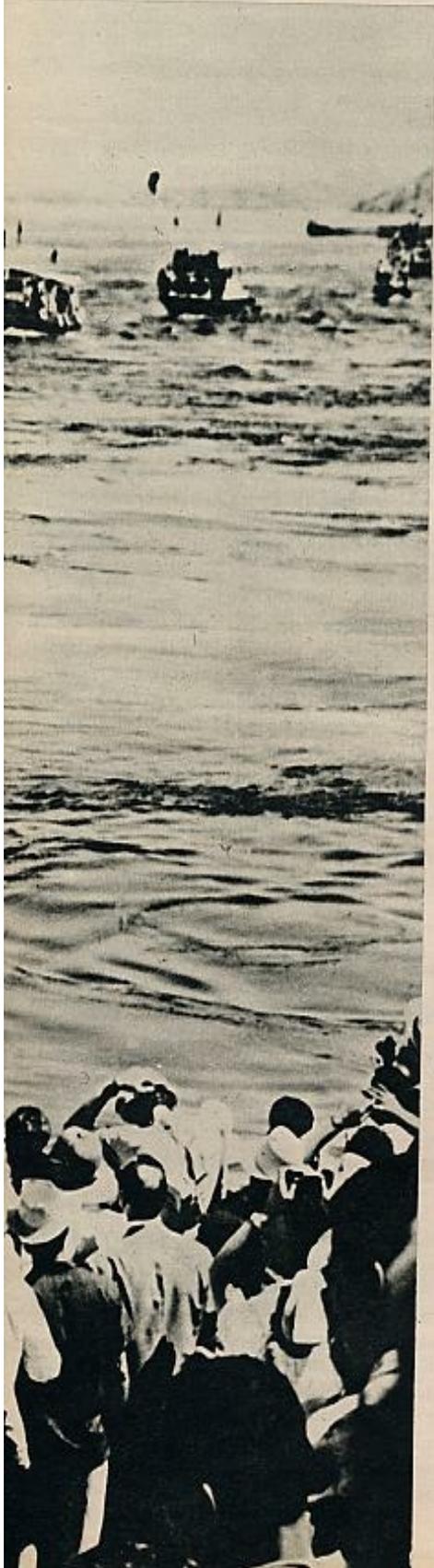


**SUEZ 1956 ~ 1966**

# LA CARCAJADA DE N



# ASSER



26 de julio de 1956: Aquel día Nasser no sólo habló, sino que rió: Anunciaba la nacionalización del Canal.

por **JUAN ALDEBARAN**

**D**N la estación marítima de Boulogne se apretaban las filas de automóviles que esperaban el *ferry* que iba a llevarles hasta Dover, sobre un mar de la Mancha veraniego y tranquilo. Pasaba entre ellas un hombre, como arrancado del futuro, con un amplificador portátil y un altavoz, recitando las excelencias del restaurante de la estación: «*Profitez-en, mesdames! De l'autre côté, c'est la guerre!*» Era la guerra que —como la de Troya en la comedia de Giraudoux— no sucedería: la nueva guerra de Egipto. Ya en este lado del Canal se había respirado, se respiraba la guerra: restricciones de gasolina, desaparición de la sal en los comercios —una revista popular había dicho que una buena dosis de sal en la bañera preservaba de las radiaciones atómicas, colosal estupidez que había prendido en los cerebros franceses— y miedo libre desde que la U. R. S. S. había amenazado con enviar sus cohetes atómicos sobre Gran Bretaña y Francia. En la estación marítima de Boulogne un accidente fortuito aumentaba la sensación de guerra: uno de los dos barcos se había averiado y era preciso esperar horas. Al otro lado del Canal, la flota que ha sido la más poderosa del mun-

**SIGUE**



Guy Mollet, secretario general de la SFIO, era, en 1956, jefe de Gobierno en Francia. C. Pineau intervino en la crisis como ministro de Asuntos Exteriores.

do desfundaba sus cañones, rompiendo la capa de materia plástica que les defendía de la humedad en tiempo de paz. Londres vivía esa sobriedad, esa serenidad tensa de sus momentos graves. La guerra... Conservo aquellas imágenes de 1956 como un recuerdo angustioso, como el recuerdo de un momento en que la guerra mundial parecía inevitable.

**T**ODO había comenzado el 26 de julio de 1956 en la enorme Plaza de Mohammed Ali, de Alejandría. Hablaba el «Rais», el coronel Nasser. Tiene una voz grave, monótona, afinada en el tono de los cantores de Alcorán. Y un sistema: cuan-

economía egipcia no se ha restaurado. Pero la cuestión principal no era exactamente ésa. Ese día se celebraba el cuarto aniversario del destronamiento de Faruk. Egipto afirmaba su independencia, acrecentaba su nacionalismo. El canal de Suez, ocupado por una potencia extranjera, explotado por una compañía extranjera, era no sólo una ofensa permanente: era el saqueo a la riqueza de un país empobrecido por el colonialismo, donde las condiciones de vida del «fel-lah» contaban entre las más bajas del mundo. La carcajada de Nasser se extendió por todo Egipto, resonó en el mundo árabe, en el tercer mundo, apenas iniciado y definido un año antes en la conferencia de Bandung. Ese tercer mundo

sobre la mesa del *Bikbachi* Nasser. Era una victoria del tercer mundo.

**C**HRISTIAN Pineau, ministro francés de Asuntos Exteriores —y autor de delicados cuentos para niños—, describió a la Asamblea la situación: se trataba de un golpe de mano, dado a favor de las «multitudes fanatizadas». ¿Quién podría confiar en un hombre «que anuncia una medida jurídica con una carcajada casi histérica»? Un hombre que «a juzgar por las fotografías llegadas a París no es dueño de sus actos ni de sus nervios». Occidente comenzaba a extrañarse entonces de la rotura de sus maneras —«manner before morals», dicen los ingleses: las maneras antes que la moral—, aunque todavía les faltaba el choque profundo del zapato de Kruschev golpeando el pupitre de la ONU. En realidad, Occidente podía haberse acostumbrado ya a otras maneras, desde la aparición de Hitler, y los ingleses podían haber enterrado el paraguas de Chamberlain... Alguien recordaba, en efecto, a Hitler para hablar de Nasser: el *Figaro*, de París. «¿No se escucha en el discurso de Nasser el eco de los eructos de Hitler? El coronel de los fanfarrones que juega a los faraones, apenas salido de la escuela de los cadetes hitlerianos, hace el paso de la oca con botas de siete leguas. Está próximo a llegar a la etapa en la que Hitler terminó...». En Londres el tono es más mesurado. El *Times* escribe en un editorial: «Si el coronel Nasser consigue probar que puede apoderarse de los bienes ajenos, su ejemplo será seguido sin duda. No hay que olvidar que los yacimientos petrolíferos de los que depende en gran parte el nivel de vida de los ingleses están entre las manos de amigos de la Gran Bretaña, pero entre los árabes la política se construye sobre arenas movedizas». El *Daily Telegraph* pedía «una reacción firme, como cuando Mussadeq nacionalizó el petróleo iraní en 1951». El pobre viejo Mussadeq —el hombre de la «mala salud de hierro», como decía un periodista británico— estaba todavía en la cárcel. Saldría pocos días después.



Estados Unidos y Gran Bretaña discutían la suerte del Canal. En la foto, el primer ministro Anthony Eden, recibe a John Foster Dulles, secretario de Estado norteamericano. Era el mes de agosto del año 1956.

do habla, todas las radios de todo el país elevan su volumen, en las plazas y en las calles se instalan altavoces. Su palabra llega a todos en un país de alto porcentaje de analfabetos —75 por 100, uno de los peores niveles del mundo—. Aquel día Nasser no sólo habló: rió. Rió a carcajadas. Estaba anunciando la nacionalización del Canal de Suez. Nasser había solicitado de Estados Unidos y de Gran Bretaña un préstamo para construir el gran pantano-presa de Assuan, con el que prometía la elevación inmediata de las posibilidades de los egipcios: le había sido negado. «El canal de Suez —dijo entonces Nasser— pagará con sobras la construcción de Assuan y no tendremos necesidad de mendigar dinero a Washington, a Londres o a Moscú». La historia subsiguiente ha demostrado algunos errores de aquella frase. El canal no ha bastado para pagar la presa —en la que ha colaborado el mundo entero—, la

que tanto inquietaba a Estados Unidos. Puede no ser una simple casualidad que el mismo día del comunicado de Brioni —el mariscal Tito, el presidente Nasser y el Pandith Nehru insistiendo en el «neutralismo positivo»— se hiciera pública (19 de julio) la seca negativa americana a financiar la presa de Assuan. Por otra parte, Nasser necesitaba asegurarse la dirección de ese «tercer mundo» que apuntaba. Lo había anunciado ya en su libro «La filosofía de la revolución»: Egipto, como guía del renacimiento árabe y artesano de su unidad, jefe del panarabismo; Egipto, primer país africano que se había sacudido el yugo del colonialismo, la tutela económica de occidente, maestro de la emancipación total. La recuperación del Canal era un símbolo. Inmediatamente sus aliados de esos países proletarios se pusieron junto a él. Nehru amenazó con abandonar la Commonwealth británica, los mensajes llovieron

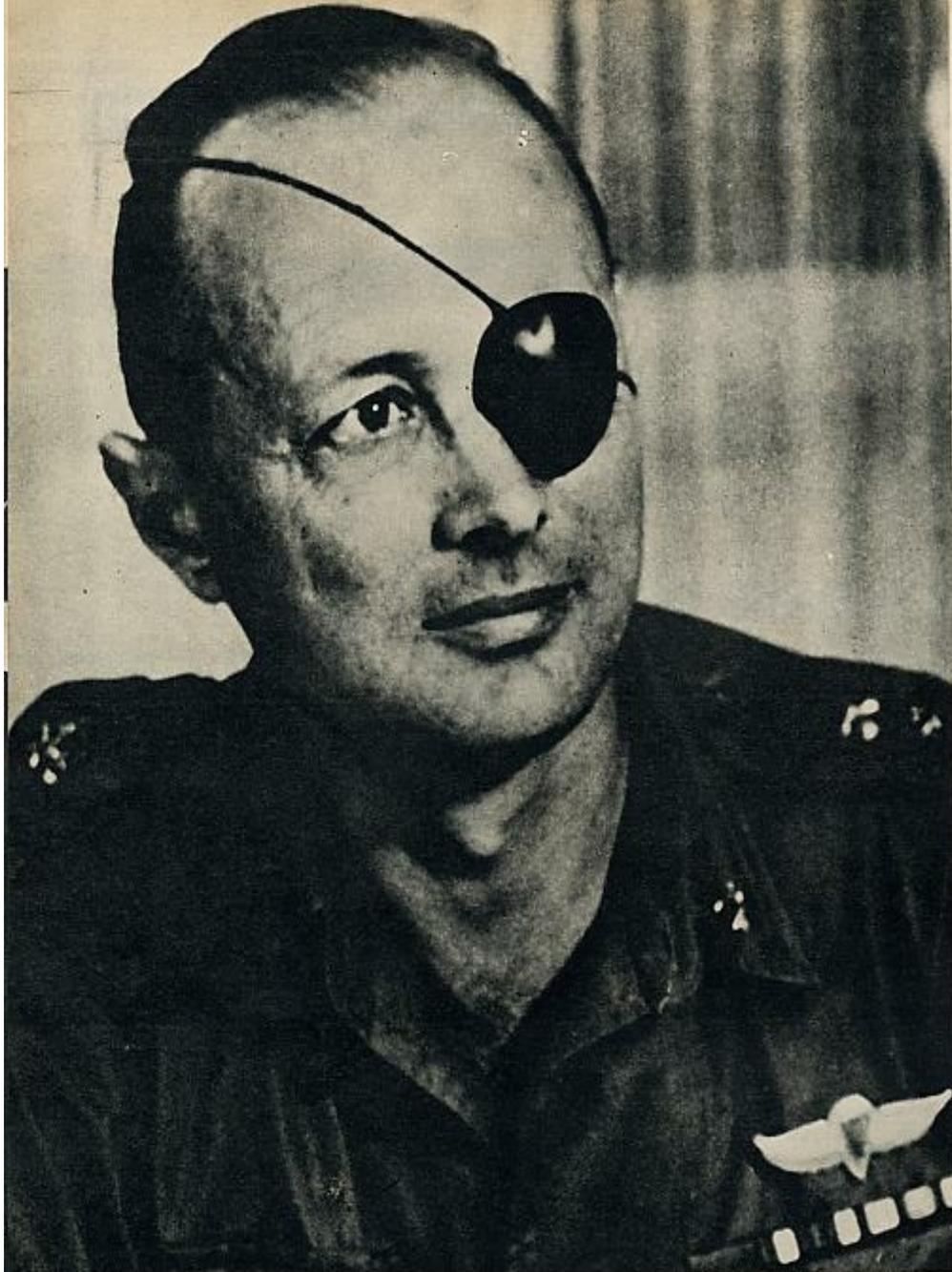
**L**A historia del Canal de Suez es turbia. La concesión se hizo a un francés, Fernando de Lesseps: en 1854; la compañía internacional se fundó en 1858, el trabajo se inició un año después y el canal se inauguró oficialmente —por la Emperatriz Eugenia— en 1869. Desde el principio tuvo oposición británica: los ingleses temían una amenaza francesa sobre la India, pero la oposición terminó cuando, en 1875, Gran Bretaña —Gobierno Disraeli— adquirió el 44 por 100 de las acciones, que estaban en poder del Gobierno egipcio. En 1888 se firmó una Convención internacional, que aseguraba la navegación «libre y abierta» a los navíos del mundo entero, «en época de paz o en época de guerra». No tardó un año en violarse esta concesión: en 1898 se negó el paso a los navíos españoles durante la guerra con los Estados Unidos, y esta violación pesó tal vez muy gravemente en nuestra historia con- **SIGUE**

## LA CARCAJADA DE NASSER



En la foto superior, las tropas egipcias en acción. En la foto inferior, el coronel Nasser recorriendo las calles del Cairo, mientras su pueblo grita: «Lucharemos hasta la última gota de sangre». El conflicto del Canal de Suez determinó la derrota del imperialismo en África. Nasser se había reído de Inglaterra.





El general Moshen Dayan llevó a la victoria a sus tropas israelitas en la famosa batalla del Sinaí.

poránea. Suez era ya un canal inglés. ¿Quién había financiado el Canal? El banquero francés Dervieu estimaba que Egipto había pagado 350 millones de francos (cálculo hecho en 1871), pero John Ninet eleva el gasto a 450 millones; es decir, el doble y una mitad del capital social de la Compañía. «Egipto se arruinó por nada —escribe Eric Rouleau—; en unos años perdió todos sus derechos en la Compañía. Las prodigalidades del *khedive* —toleradas, si no fomentadas por los banqueros que le adelantaban complacientes todos los créditos que solicitaba— le condujeron a ceder a Inglaterra en 1875 el 44 por 100 de las acciones que estaba en manos del gobierno egipcio» (por esas acciones pagó Disraeli 4 millones de libras esterlinas; en 1929 habían producido un beneficio de 40 millones y se cotizaban en un valor de 72 millones). Cuando el *khedive* Ismail se puso difícil, se le depuso y ascendió al trono el *khedive* Tewfik, que vendió por 22 millones de francos el 15 por 100 de los beneficios sobre el Canal que estatutariamente debía percibir Egipto. En 1880, Egipto había

perdido totalmente el Canal y no recibía ningún beneficio; no lo recibió hasta que en 1936 se le entregó una renta anual de 300.000 libras, y en 1949 —visperas ya de la revolución— una renta del 7 por 100 de los beneficios.

En 1956 los beneficios del Canal se elevaron a 16.000 millones de francos; Egipto recibió cuatro mil millones, y los doce mil restantes fueron a parar a los accionistas de la Compañía: la gran banca anglo-francesa. Fue entonces cuando estalló la carcajada de Nasser.

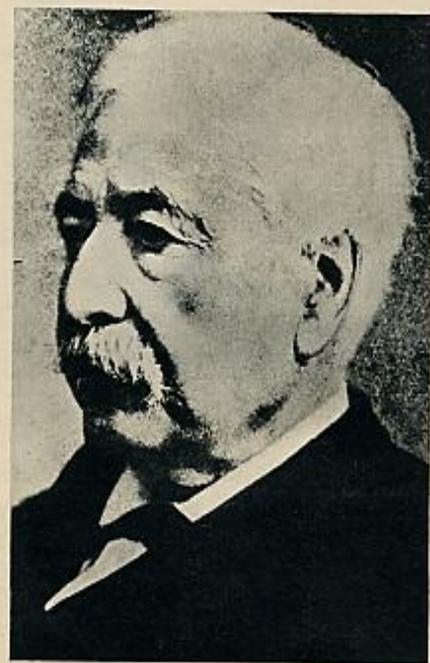
**C**UANDO se quiso negociar, era ya tarde. Gran Bretaña y Francia intentaron explicar que Egipto había violado el derecho público, que la compañía de Suez había sido expropiada, que la libertad de navegación estaba en peligro, que los barcos de Israel no podrían transitar por el Canal. Nasser respondió a todo: la Asamblea de la ONU (diciembre de 1952) reconocía el derecho a nacionalizar, la Compañía del Canal

es jurídicamente egipcia, sus accionistas serían reembolsados (al precio de cotización en bolsa anterior a la nacionalización), la libertad de navegación estaba asegurada, Israel podría enviar sus barcos libremente sobre el Canal... La ONU iba a darle la razón más tarde. Toda conciliación era inútil. No quedaba más que un recurso: la fuerza. La guerra.

La guerra se inició de una manera clásica, de una forma que podría llamarse «la apertura inglesa». Es decir, indirecta. Por manos de otros, Israel inició un ataque, alegando violaciones fronterizas, el 29 de octubre. Dos días después, Gran Bretaña y Francia decidieron defender «al pequeño Israel agredido»: sus aviones comenzaron a volar sobre la zona del Canal, y el 5 de noviembre iniciaban un ataque a base de paracaidistas. Una primera población fue víctima de los ataques, y lo fue de una manera casi silenciosa para la historia: Port Said. Egipto no quiso entonces anunciar la gravedad de los bombardeos franceses sobre la población civil para evitar que cundiera una ola de pánico; Francia no lo dijo para evitar la condena moral del mundo. Las tropas anglofrancesas operaban desde Chipre. Los israelitas ocuparon la península de Sinaí, los anglo-franceses dominaron 36 kilómetros de la zona del Canal —desde Port Said a Alcántara—. La operación levantó una ola de protestas en el mundo. El Canal estaba funcionando bajo control egipcio y había pasado suficiente tiempo como para que se demostrase que la libertad de navegación estaba asegurada y que la parte técnica estaba bien conducida —los anglo-franceses habían dicho que Egipto no tenía técnicos capaces de hacer funcionar las esclusas prudentemente—. Todo el tercer mundo se puso tras Nasser. La URSS lanzó un ultimátum: estaba dispuesta a enviar sus cohetes sobre París, sobre Londres, de la misma manera que los anglo-franceses habían enviado sus aviones sobre la indefensa Port Said. La ONU condenó severamente a los agresores. Y los Estados Unidos les abandonaron. Los Estados Unidos —en visperas de elecciones presidenciales— temblaban por la desaparición de sus viejos pactos de defensa en Oriente Medio —la «pactomanía» de Foster Dulles—, y muy especialmente por el de Bagdad; temblaban por tener que entrar en guerra con la URSS por un tema que no era suyo; temblaban por que el neutralismo del tercer mundo se convirtiera de pronto en comunismo. Eisenhower tenía preparada su doctrina en cuatro puntos —mensaje especial al Congreso del 5 de enero de 1957—: asistencia económica a todos los países de Oriente Medio, asistencia militar a todo país que la solicitase, envío de fuerzas armadas americanas para ayudar al que se sintiese amenazado, empleo de los fondos disponibles por la ley de seguridad mutua de 1954... Ingleses y franceses, abandonados, se retiraron entre el 4 y el 22 de diciembre; los israelitas abandonaron el territorio conquistado en marzo de 1957; los «casco azules de la ONU» tomaron posesión de las fronteras. La guerra había costado (cifras anglobritánicas) 650 muertos egipcios, 180 israelitas, 22 ingleses y 10 franceses. Los israelitas mantienen que hicieron quince mil prisioneros egipcios y que los egipcios sólo les hicieron a ellos uno...

**L**AS consecuencias de la campaña fallida fueron numerosas. Y graves. Y significativas para el mundo. La falta de apoyo americano, la decisión de Estados Unidos de no arriesgar una guerra por sus aliados de la OTAN, fue la base de información que tuvo De Gaulle para comprender que una alianza con Estados Unidos supone estar a merced de una «guerra americana» y no recibir, a cambio, la ayuda de Washington por una guerra francesa: la retirada de Francia de la OTAN —que se está haciendo estos días— y el «cambio de alianzas» francés son consecuencia de esa —y de otras muchas— decepción. Por otra parte, fue el «canto del cisne del colonialismo clásico», como escribe el historiador Stuart Hughes: «Suez demostró que nunca jamás los europeos podrían usar de la fuerza contra los "indígenas" según las viejas técnicas». Y, en efecto, el desmoronamiento de los imperios no se haría esperar. Todavía la serie de condenas morales de Estados Unidos por su intervención en el Vietnam es que por encima de sus «morales» se ve una expedición colonialista del mismo tipo anacrónico. Fue, al mismo tiempo, el principio del fin de dos políticas nacionales: el conservadurismo británico —destrozado por el desprestigio— y la IV República francesa. Cuando, poco más tarde, los paracaidistas británicos intentaron luchar contra el pueblo que en el Irak se había sublevado contra Nur-es Said se encontraron igualmente solos y tuvieron que abandonar. El pacto de Bagdad se había roto.

**U**NA coincidencia histórica se produjo al mismo tiempo que la no agresión anglo-francesa contra Egipto: la revuelta de Budapest. La situación sacó de quicio a los Estados Unidos. La revuelta en un país comunista era un acontecimiento esperado desde mucho tiempo atrás, sin duda minuciosamente favorecido y preparado por los servicios especiales de Estados Uni-



El francés Fernando de Lesseps fue el constructor del Canal de Suez. Las obras se iniciaron en 1859.

## LA CARCAJADA DE NASSER



Mossadeq llegó a poner en peligro los intereses petrolíferos anglo-americanos en el Irán. Fue encarcelado.

dos. Se produjo el 30 de octubre de 1956, esto es, al día siguiente del ataque israelita contra la península del Sinaí y un día antes de la operación anglo-francesa. Todavía algunos políticos de Estados Unidos creen que sin la división del mundo occidental que se produjo en aquel momento, sin la desviación de fuerzas militares hacia Egipto, se podía haber sacado mucho más partido de la situación. Quizá los mismos Estados Unidos, que no querían arriesgar una guerra por Suez, la habrían arriesgado por Hungría. Sin embargo, a Francia y a Gran Bretaña les vino bien ese estallido y su final, para envolver en él su propio fracaso. Las manifestaciones anticomunistas de París, que degeneraron en violencias y en derramamientos de sangre, con motivo de la insurrección de Budapest, fueron una válvula de escape y un gran armazón de propaganda para hacer olvidar a la opinión pública su derrota militar y política y para vengarse del ultimátum de Bulganin...

**F**RANCIA ha sabido reponerse de sus pérdidas coloniales. A partir de esa época comprendió una nueva teoría de los economistas: que la explotación de riquezas coloniales no beneficia a las econo-

mías nacionales, sino que enriquece al pequeño grupo de europeos que disponen de inversiones en ultramar, pero no afectan a la población metropolitana, y que el fin del colonialismo puede ser una fuente de beneficios más que de pérdidas para la expansión económica europea (John Strachey, *The End of Empire*, Nueva York 1960). Francia se ha quedado prácticamente reducida a la metrópoli y su economía no ha dejado de mejorar. Para Gran Bretaña la situación ha sido diferente. Como escribe Eirc Rouleau, «La Gran Bretaña no se ha repuesto jamás del choque de Suez. Sus relaciones con Egipto y otros países árabes siguen siendo tensas. Tendrá que salir de la Federación de Arabia del Sur y abandonar la base de Aden en 1968». Para sobrevivir con sus estructuras coloniales, Gran Bretaña ha tenido que apoyarse enteramente en Estados Unidos —mientras Francia se separa— y obligarse a mantener su política colonial «al Este de Suez», como dicen sus estrategas políticos. Las últimas briznas del Imperio. Pero la libra esterlina no lo puede resistir, y la opinión pública se desentende del Gobierno laborista de Wilson, que no ha sabido levantar las hipotecas conservadoras.